

# IMAGINACIÓN RAZONADA

## LITERATURA ARGENTINA Y CIENCIA

Adolfo Bioy Casares, con su inolvidable novela *La invención de Morel*, inauguró un peculiar cruce entre literatura y ciencia. En el siglo XXI, los nuevos narradores honran esa tradición del género fantástico argentino que hoy se renueva y complejiza, haciéndose cargo de las novedades tecnológicas y un presente lleno de incertidumbres.

### Gonzalo León

Nació en Chile. Es escritor y periodista. Ha publicado, entre otros libros, las novelas *Serrano* (2017), *Manual para tartamudos* (2016), *Cocainómanos chilenos* (2012), *Vida y muerte del doctor Martín Gambarotta* (2011) y *Pendejo* (2007). Desde 2011 vive y trabaja en Buenos Aires.

### La invención de Bioy

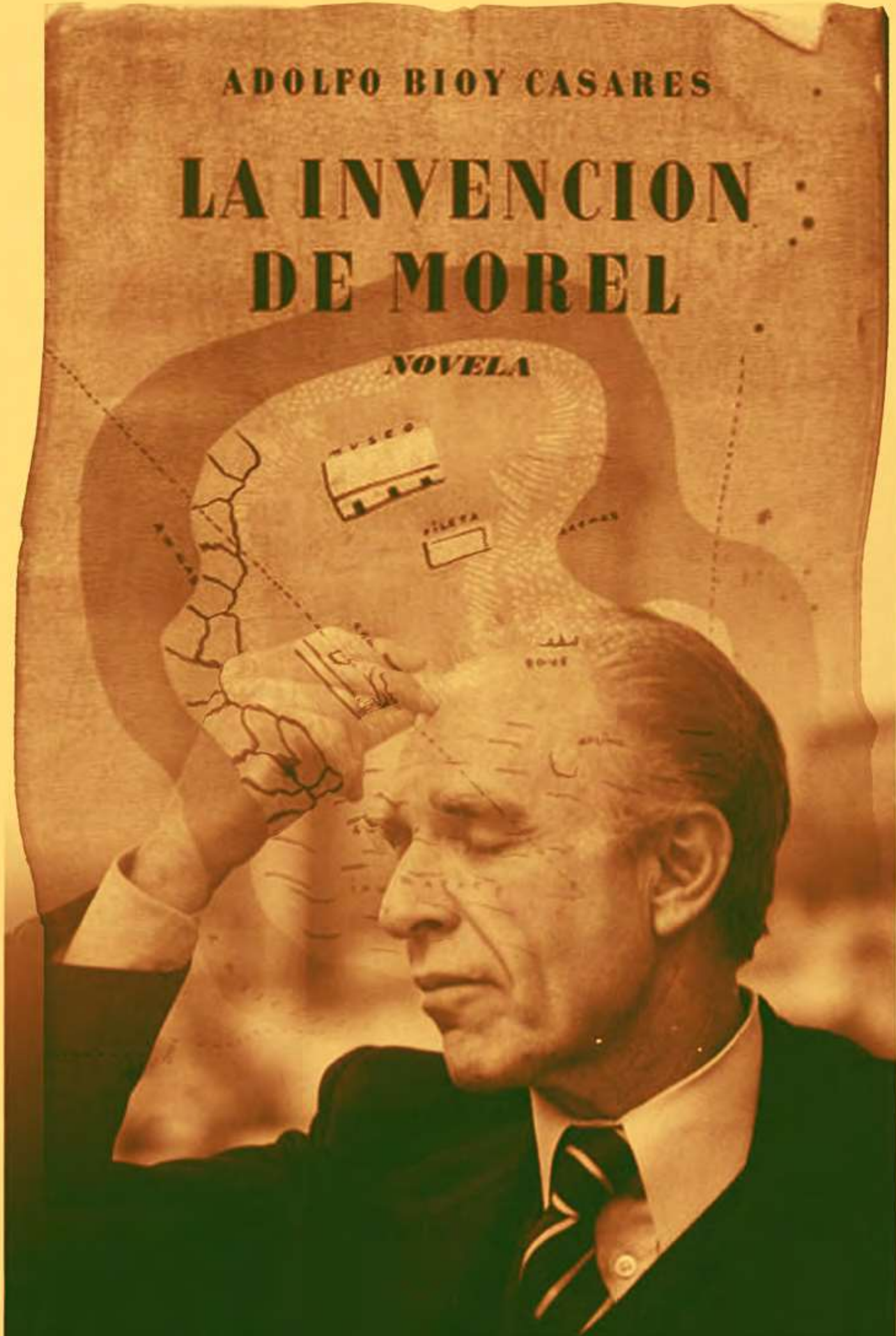
**E**n la literatura argentina hay una fuerte tradición del género fantástico. No hay que ser un experto sobre el tema para saber que desde *La invención de Morel* (1940), de Adolfo Bioy Casares, esto se ha hecho evidente, sobre todo cuando Borges detecta en el prólogo esta tradición y la define con rasgos característicos: “Despliega una odisea de prodigios que no parecen admitir otra clave que la alucinación o que el símbolo, y plenamente los descifra mediante un solo postulado fantástico pero no sobrenatural”. Según Borges, estos rasgos también se encuentran en “algún cuento de *Las fuerzas extrañas* (Leopoldo Lugones) y alguno de Santiago Dabove”. Hasta *La invención de Morel*, sin embargo, había para Borges dos grandes tipos de relatos: la novela psicológica y la de aventuras; Bioy Casares integra ambos y Borges llama a esto “obras de imaginación razonada”, que en nuestro idioma son escasas. Hoy ya han pasado casi ochenta años desde la publicación de esta emblemática novela y el arranque de esta tradición.

Actualmente en el género se percibe, por lo general, la presencia de un personaje, la mayoría de las veces el protagonista del relato, enfrentado a una situación fantástica o sobrenatural, real o no.

ADOLFO BIOY CASARES

# LA INVENCION DE MOREL

NOVELA



De no ser real, estaríamos ante la presencia de una alucinación, a un paso de la locura del personaje que la inventa; en caso contrario, de lo sobrenatural. El relato fantástico se mueve en ese vaivén, entre la enajenación del personaje y la dislocación de la situación con la realidad. En la voluntad de reafirmar su identidad exógena al mundo real, afirma su condición de inventiva, de artificio.

### La nueva narrativa fantástica

De los últimos narradores argentinos, hay algunos que han coqueteado con la ciencia y otros con la religión o “las creencias”. Luciano Lamberti (1978), en *La casa de los eucaliptos* (Random House, 2017), es quizá quien mejor maneja el género desde las creencias. Alguien se enfrenta con una aparición, con un espíritu o una presencia y es poseído de alguna manera. En las ficciones de Lamberti hay un trabajo evidente con la fe. En el cuento que le da el nombre al libro, aparece “La Visita” que, desde el comienzo, se pone en un terreno ambiguo: puede ser un espíritu o una alucinación, incertidumbre que el narrador se encarga de fomentar: “La locura era como quedarse ciego, como vagar en una habitación cerrada herméticamente, sin ninguna fuente de luz. Dejaría de ser dueño de su mente, que comenzaría a rebotar contra las paredes de su cerebro”.

---

**En la literatura argentina hay una fuerte tradición del género fantástico. No hay que ser un experto sobre el tema para saber que desde *La invención de Morel* (1940), de Adolfo Bioy Casares, esto se ha hecho evidente.**

---

Pero el fantástico también aparece desde la ciencia o la tecnología: Pablo Ottonello (1983) en *El verano de los peces muertos* (Marciana, 2017), Martín Felipe Castagnet (1986) en *Los mantras modernos* (Sigilo, 2017) y, en menor medida, Leandro Ávalos Blacha (1980) en *Malicia* (Entropía, 2016),

son ejemplos de cómo la ciencia o, su manifestación, la tecnología, son cardinales para entender la historia y los dilemas que viven los personajes.

Lo que rodea al fantástico es el enigma –que es lo que también trata de resolver la ciencia–, de ahí que los interrogantes surjan una y otra vez, y el lector, en definitiva, se pregunte qué está pasando. Eso hace avanzar el relato hasta llegar a su resolución.

“Klimowicz” es el relato más extenso (casi una *nouvelle*) de *El verano de los peces muertos*. El personaje central, Sara Klimowicz, alrededor del cual gira la historia, es una alumna de medicina que hace su especialización en neurología igual que el narrador de la historia y otro estudiante más que completa un triángulo amistoso. Sara siempre fue la más brillante de los tres, con el tiempo dirigirá el Servicio de Neurología de la Clínica Santa Clara, en Villa Crespo. En 2006 ella deslumbra a la comunidad académica de Harvard con un *paper* titulado “The Growing Mind”, que trataba sobre “cómo la capacidad mental era una medida caprichosa que no siempre se computaba en términos matemáticos”. Pese a que los amigos toman caminos separados, tiene un interés en común: la memoria. Por eso Sara los invita a formar parte de un grupo de investigación. Para ella, la mente lo podía todo. Sus logros iban en aumento, y es así como en 2012 gana el Premio Nacional “a la mejor investigación científica por su trabajo sobre irrigación sanguínea y calidad de las sinapsis”. A esta altura se puede decir que estamos ante un personaje donde todo es ciencia.

En el momento en que Sara Klimowicz se nos va alejando de la ficción y el relato va tomando ribetes de biografía, Ottonello da un giro y, producto de un asalto ocurrido en 2013, la protagonista empieza a renegar de la ciencia y de todo lo que había investigado, y a “refutar, punto por punto, todo aquello que le había llevado veinte años construir”. Y junto con ello el relato se va volviendo más opaco, menos realista, y Sara termina convirtiéndose en un personaje que corre hacia el delirio. En una instancia académica plantea que la memoria no servía para nada y en otra ocasión señala que no se podía confiar en los sentidos, y propone un método para la eliminación de los recuerdos, no sólo de su experiencia personal, sino la de todos los que quisieran. A partir de técnicas ligadas a la meditación “había logrado olvidar, de forma momentánea, los nombres de los huesos del cuerpo humano, los tipos de sangre, las calles del barrio de Palermo, los días de la semana...”. Sara ya no pretendía curar el Alzheimer sin medicación –en un punto algo tan demencial y delirante como lo que en ese momento vive–, sino lograr que la mente funcione como una pared en blanco, sin percepción que la dañe. Quería “ver sin ver y oír sin oír y oler sin oler...”. Y para lograr su objetivo se encerraba hasta alcanzar estados de

trance absoluto. La pregunta que se abre hacia el fantástico es si es posible no registrar u olvidar la experiencia. ¿Es ese mundo posible? Y de serlo... ¿Sara logrará ingresar a ese mundo?

En la novela *Los mantras modernos*, de Martín Felipe Castagnet, hay más apelación a la tecnología que a la ciencia. Aquí se vive en un tiempo donde las desapariciones de personas se vuelven noticia en “las tapas de los medios”.

El problema parece ser una aplicación que permite desaparecer personas, aunque el enigma también tiene cierto toque de comicidad: “Los feos fueron los primeros en desaparecer. Según los buscadores, la primera fue la conductora de un micro escolar. Los adolescentes le gritaban vieja, gorda, cara de mierda. Entonces desapareció; primero el cuerpo y después la ropa. La gorda seguía manejando y quizás lloraba. Los adolescentes comenzaron a gritar y a filmar con sus bindi”. Los “bindi” son parches de piel rugosa que permiten comunicarse entre personas, algo así como celulares ultra avanzados. El protagonista, Masita, busca a su hermano, Rapo, que ha desaparecido. El problema con las desapariciones es que si bien son temporales, pueden convertirse en definitivas, porque tras la desaparición viene la disolución. Hay que saber y querer regresar, cosa que muchos no quieren o no pueden. El caso de Rapo es particular, porque era “deportista, grandote, enorme. Las chicas lo tocaban por cualquier cosa. Las amigas. Las compañeras del colegio. Las madres de las compañeras...”. ¿Pero por qué desaparecer? Masita recuerda que fue su hermano quien le enseñó a dominar la técnica de la desaparición.

Cuando estaba aprendiendo le preguntó si le daba frío, y Rapo contestó que no, que se iba a un lugar donde no había frío, “un lugar donde está papá”. En *Los mantras modernos*, los fenómenos inexplicables se mezclan con fenómenos tecnológicos o directamente científicos; en un momento el narrador cuenta que “en las redes los científicos llaman *weirdlife* o vida exótica a los fenómenos revelados por las aplicaciones para hacer aparecer lo invisible”. Las causas de las desapariciones van formando un gran enigma sobre lo que está sucediendo. ¿Cómo se llegó a ese mundo? ¿Es el futuro o es la metáfora de un presente? Si bien el protagonista no pone en tela de juicio su cordura, las razones por las que se desaparece sí. Hay algo que hace que se vaya hacia otro mundo, pero este proceso es también una forma de enajenación, como la adicción a cualquier tecnología o a cualquier videojuego.

En *Malicia*, de Leandro Ávalos Blacha, la cuestión del enigma es fundamental. Primero, se muestra a un par de amigos que están en Villa Carlos Paz, Juan Carlos y Mauricio, aunque en realidad uno de ellos, Juan Carlos, está pasando su luna de miel con Perla, pero como es apostador y muy *ahorrativo* va con su amigo. La acción transcurre en

plena temporada, con vedettes, personajes y periodistas de la farándula recorriendo la ciudad. De pronto encuentran muerta a una vedette en un baño y a partir de ahí la intriga se desata. Más adelante desaparece otra, Celina, y la intriga redobla la apuesta, porque una médium entra en escena, precisamente para resolver el enigma. Pero Celina le comienza a hablar a esta médium desde la pantalla de un televisor, la increpa, la trata de mentirosa y ella se defiende.

---

## Lo que rodea al fantástico es el enigma –que es lo que también trata de resolver la ciencia–, de ahí que los interrogantes surjan una y otra vez, y el lector, en definitiva, se pregunte qué está pasando.

---

En un momento no aguanta más esa presencia ominosa dentro del aparato y lo desconecta, pero, como en las películas, ella sigue hablando, “insultándola desde la pantalla. El cable escapó de sus manos y convertido en látigo empezó a golpearla en la espalda”. Celina es un espíritu que no tiene paz y se reproduce como una plaga en las pantallas de Carlos Paz. De alguna manera ese espíritu quiere descansar y la médium es quien se siente en la obligación de lograr eso.

Si bien hay un guiño a la ciencia y a la tecnología, lo que predomina en Ávalos Blacha al igual que en Lamberti, es una relación con la creencia convertida en performance o puesta en escena. Desde este punto de vista, todo parece mentira, o se convierte en un simulacro; que Celina aparezca en las pantallas y desafíe las leyes de la física más que un cuestionamiento a la ciencia es un cuestionamiento a una sociedad del espectáculo, que ha mutado en una sociedad de la farándula o de la performance, donde más que ser, lo importante es parecer y donde más relevante que la verdad es el modo en el que enunciamos el enigma.

El fantástico argentino se mueve entre la ciencia y la creencia, entre la locura y lo sobrenatural, entre la intriga y el enigma. El territorio del género se ha ampliado: hoy choca con el relato religioso, el policial y la divulgación científica. ■